

EL MAESTRO ZACARÍAS

CAPITULO PRIMERO

UNA NOCHE DE INVIERNO

EN la punta occidental del lago al que debe su nombre, encuéntrase situada la ciudad de Ginebra, dividida en dos barrios distintos por el Ródano, que la atraviesa al salir del lago. El mismo río está separado por una isla que forma entre sus dos orillas, en el centro de la población; pero esta disposición topográfica no es privativa de Ginebra, pues se ve reproducida frecuentemente en los grandes centros de comercio e industriales. Sin duda sedujo a los primeros habitantes la facilidad de transporte que les ofrecía el curso de los ríos, caminos que andan solos, según la frase de Pascal, y que, tratándose del Ródano, son caminos que corren.

Cuando no existían aún construcciones nuevas y regulares en la citada isla, especie de goleta volandera, en el centro del río, la maravillosa agrupación de edificios, apiñados unos sobre otros, ofrecía a la vista un aspecto encantador. La pequeña extensión de la isla había obligado a algunas de dichas construcciones a sobresalir sobre las estacas clavadas en las rudas corrientes del Ródano, que las sostenían. Aquellos gruesos maderos, ennegrecidos por el tiempo y roídos por las aguas, asemejábanse a las patas de un crustáceo gigantesco y producían un efecto fantástico. Algunas redes amarillentas, verdaderas telas de araña, extendidas en el seno de aquella sustancia secular, se agitaban en la sombra, como si fueran el follaje de antiguas selvas de robles; y el río, al pasar por el bosque de estacas, mugía lúgubrementemente.

El raro carácter de vetustez que tenía una de las casas de la isla llamaba poderosamente la atención. Esta casa era la vivienda del viejo relojero el maestro Zacarías, que la habitaba con Geranda, su hija, Alberto Thun, su aprendiz, y Escolástica, su anciana sirvienta.

El maestro Zacarías era un hombre extraordinario bajo cualquier aspecto que se le considerase. Su edad era un enigma para todo el mundo, pues nadie en Ginebra, por muy anciano que fuese, podía decir cuánto tiempo hacía que su cabeza, flaca y puntiaguda, vacilaba sobre sus hombros, ni qué día fue el primero en que se le vio andar por las calles de la población, con sus largos cabellos blancos flotando a! aire. Más que vivir, aquel hombre oscilaba a la manera de los volantes de los relojes. Su rostro enjuto y cadavérico, que afectaba matices sombríos, tiraba a negro, como los cuadros de Leonardo de Vinci.

Geranda, la hija, ocupaba el aposento mejor de la vieja casa, de donde, por una ventana estrecha, contemplaba melancólicamente las nevadas cumbres del Jura; la alcoba y el taller del viejo ocupaban una especie de cueva situada casi al nivel del río, y cuyo piso descansaba directamente sobre las mismas estacas. Desde tiempo inmemorial, el maestro Zacarías no abandonaba sus habitaciones sino a la hora de comer y cuando iba a la ciudad a arreglar algún

reloj. El resto del tiempo lo pasaba sentado frente a un banco cubierto de numerosas herramientas de relojería, de las cuales la mayor parte habían sido inventadas por él mismo.

Era hombre tan entendido, que sus obras eran muy apreciadas en toda Francia y Alemania, y (os operarios más industriosos de Ginebra reconocían su superioridad, hasta) tal punto, que, considerado como un honor para la población, lo mostraban a los extranjeros, diciendo:

—A él pertenece la gloria de haber inventado la rueda de escape.

Efectivamente, con esta invención del maestro Zacarías nació el verdadero arte de la relojería, que tan extraordinaria importancia llegó más tarde a adquirir en Ginebra.

Terminado el trabajo, tan prolongado como maravilloso, el anciano colocaba todos los días, lentamente, las herramientas en su sitio, cubría con pequeños fanales las piezas finas que acababa de ajustar y dejaba en reposo la activa rueda de su torno; luego, alzaba una trampilla, practicada en el suelo de su taller, y pasaba allí horas enteras contemplando los brumosos vapores del Ródano, que se precipitaba a su vista.

Una noche de invierno, al servir la anciana Escolástica la cena, en la que, siguiendo la antigua costumbre, tomaba parte el joven aprendiz, el maestro Zacarías permaneció impasible, y a pesar de ofrecérsele manjares cuidadosamente aderezados, se abstuvo de comer. Geranda, a quien preocupaba visiblemente la taciturnidad sombría de su padre, intentó distraerlo, pero ni las frases cariñosas de la hija, ni la charla de Escolástica, produjeron al anciano más impresión que los murmullos de la corriente, de que, por lo común, no solía hacer caso.

Terminada la silenciosa cena, el maestro Zacarías se levantó de la mesa sin besar a su hija ni pronunciar una palabra, desapareció por la angosta puerta que conducía a sus habitaciones y bajó lentamente la escalera, que rechinó bajo sus pasos.

Geranda, Alberto y Escolástica permanecieron algunos instantes sin hablar.

Los tres estaban sumamente preocupados; pero, aunque no pronunciaban una palabra, no cesaban de pensar.

Aquella noche el tiempo era desapacible; las nubes se arrastraban pesadamente a lo largo de los Alpes, amenazando lluvia; los vientos del Mediodía rodaban en derredor, despidiendo siniestros silbidos, y el alma estaba inundada de tristeza.

Como Geranda, Alberto y Escolástica guardaban silencio, no se percibía en la estancia otro ruido que el que, promovido por los elementos, llegaba desde el exterior

—¿Sabe usted, mi querida señorita —dijo, por fin, Escolástica—, que el señor está, desde hace unos días, muy ensimismado? ¡Virgen Santísima! Comprendo que no haya tenido apetito, porque las palabras se le han quedado en el vientre, y muy hábil tenía que ser el diablo para sacarle alguna.

—Mí padre tiene una pesadumbre, cuya causa no sospecho siquiera —respondió Geranda, en cuyo rostro se reflejaba una dolorosa inquietud.

—No se deje usted abatir por la tristeza, señorita. Ya conoce las singulares costumbre del señor Zacarías. ¿Quién puede adivinar los secretos pensamientos que lo embargan? Seguramente ha tenido algún disgusto; pero mañana no se acordará y lamentará haber hecho sufrir a su hija.

Alberto era quien hablaba de este modo, contemplando a Geranda.

Alberto, que era el único operario admitido por Zacarías en la intimidad de sus trabajos, porque apreciaba su inteligencia, discreción y bondad de alma, había se apasionado de Geranda con esa fe misteriosa que preside las adhesiones heroicas.

Geranda era una joven de dieciocho años de edad. El óvalo de su rostro recordaba el de las vírgenes candorosas que la piedad cristiana conserva todavía en las esquinas de las calles de las viejas poblaciones de Bretaña, y sus ojos reflejaban una gran ingenuidad. Se la amaba como a la dulce realización del sueño de un poeta. Vestía con tanta sencillez como elegancia, y su ropa tenía el matiz y olor especial de los ornamentos de iglesia. Hacía vida mística en aquella ciudad

de Ginebra, que no se había entregado aún al calvinismo, y mañana y tarde leía las oraciones latinas de su breviario.

Había comprendido qué clase de sentimientos inspiraba al joven Alberto, y sabía que era profunda la adhesión que el obrero le profesaba. Éste, por su parte, condensaba, efectivamente, el mundo entero en la vieja casa de Zacarías, y pasaba todo el tiempo que el trabajo le dejaba libre al lado de la joven.

La vieja Escolástica todo lo veía, pero no decía nada, empleando su locuacidad en comentar las desgracias de la época y las pequeñas miserias de las faenas domésticas. Nadie la contrariaba, pues con ella ocurría lo mismo que con las cajas de música que se fabricaban en Ginebra y que, después de montadas, tenían que romperse si se querían oír las sonatas que contenían.

Al ver a Geranda sumida en doloroso abatimiento, Escolástica abandonó su asiento de madera, puso un cirio en un candelero, lo encendió y lo colocó cerca de una Virgen de cera, protegida por un nicho de piedra.

De ordinario, se arrodillaban ambas mujeres delante de la Virgen, protectora del hogar doméstico, para rogarle que extendiera su benéfica gracia sobre la noche próxima; pero, en esta ocasión, Geranda permaneció impasible en su puesto.

—Bueno, mi querida señorita —dijo Escolástica, con asombro—, ya hemos concluido de cenar y es la hora de despedirse. ¿Quiere usted fatigarse la vista con vigiliadas prolongadas? ¡Ah, Virgen Santísima! ¡Ha llegado el momento de dormir y soñar cosas agradables! En la maldita época en que vivimos, ¿quién puede prometerse un día dichoso?

—¿No convendrá llamar a un médico para que vea a mi padre? — preguntó Geranda.

—¡Un médico! — exclamó la anciana —. ¿Ha hecho caso alguna vez de los médicos el maestro Zacarías? ¿Ha seguido alguna vez sus prescripciones? Puede haber medicina para los relojes, pero no para los cuerpos.

—Es, sin embargo, preciso adoptar alguna determinación — repuso la joven —. No quiero ver enfermo a mi padre.

—Tampoco yo quiero ver enfermo al señor; pero, como tengo seguridad de que no ha de tomar ninguna medicina, es inútil molestar al médico.

—¿Qué hacemos, entonces? — preguntó Geranda —. ¿Ha reanudado el trabajo? ¿Reposará ya?

—Geranda —dijo entonces Alberto—, su padre sólo sufre una contrariedad moral.

—¿Sabe usted qué contrariedad lo apesadumbra, Alberto?

—Tal vez, Geranda.

—Pues dígala —exclamó vivamente Escolástica, apagando su cirio con parsimonia.

—Hace algunos días —explicó el joven— que sucede una cosa incomprensible. Todos los relojes que su padre ha fabricado y vendido de varios años a esta parte, se paran de pronto; le han traído muchos para que los arregle; los ha desarmado cuidadosamente y ha visto que los muelles están en buen estado, lo mismo que las ruedas; pero, a pesar de eso, no le ha sido posible hacerlos andar, después de armarlos de nuevo.

—¡Eso es cosa del diablo! —exclamó Escolástica.

—¿Qué quieres decir? — replicó Geranda —. El hecho es muy natural. Todo está limitado en la tierra, y de las manos del hombre no puede salir una obra perfecta.

—No es menos cierto — dijo el obrero — que lo que sucede es algo extraordinario y misterioso. Yo mismo he ayudado al maestro Zacarías a buscar la causa del desarreglo de los relojes, sin poder encontrarla, y en más de una ocasión me he desesperado y se me han caído de las manos las herramientas. Realmente, lo que ocurre no tiene explicación ni obedece a una causa manifiesta.

—Entonces —replicó Escolástica —, ¿por qué se entregan ustedes a ese trabajo endemoniado? ¿Es natural que un pedazo de latón ande solo y señale las horas? ¿No es suficiente el cuadrante solar?

—No hablaría como lo hace, Escolástica — interrumpió Alberto—, si supiera que el cuadrante solar fue inventado por Caín.

—¡Dios mío! ¿Qué me dice?

—¿Cree — preguntó ingenuamente Geranda — que puede pedirse a Dios que devuelva la vida a los relojes construidos por mi padre?

—Sin duda alguna — respondió el joven obrero —. A Dios se le puede pedir todo cuanto contribuya a calmar nuestras aflicciones y a tranquilizar nuestro espíritu atribulado.

—Esas oraciones son inútiles — gruñó la vieja —; pero Dios la perdonará por la intención.

El cirio fue encendido de nuevo, y Escolástica, Geranda y Alberto se arrodillaron sobre las baldosas del piso, y la joven rezó por el alma de su madre, por la santificación de la noche, por los presos, por los viajeros, por los buenos, por los malos, y, sobre todo, por las desconocidas tristezas de su padre.

Levantáronse luego los tres devotos con alguna esperanza en el corazón, satisfechos de haber depositado sus penas en el seno del Omnipotente.

La oración había reconfortado sus almas.

Alberto se fue a su habitación, Geranda sentóse, pensativa, junto a la ventana, en tanto que las últimas luces iban extinguiéndose en la ciudad de Ginebra, y Escolástica, después de apagar los tizones de la chimenea derramando agua sobre ellos, y de haber corrido los dos enormes cerrojos de la puerta, tendióse sobre la cama, donde no tardó en soñar que se moría de miedo.

La crudeza de aquella noche de invierno había aumentado. A veces, con los torbellinos del río, el viento introducíase entre las estacas, poniendo en conmoción toda la casa; pero la joven, absorta en su pensamiento, sólo se acordaba de su padre. Desde que Alberto le había notificado lo que él sabía, la enfermedad del relojero había adquirido proporciones fantásticas en su imaginación, pareciéndole que aquella existencia simplemente mecánica no se movía sino con esfuerzo sobre sus gastados ejes.

De pronto, la hoja exterior de la ventana, impelida violentamente por el viento, abatióse sobre el alféizar, y Geranda se estremeció y se puso en pie de un salto, sin reparar la causa del ruido que acababa de sacarla de su arrobamiento. Después, algo más tranquila, abrió la ventana. Llovía a torrentes, y el agua, al caer, resonaba en los tejados circunvecinos. Inclínose la joven hacia fuera para retener la hoja sacudida por el aire, pero tuvo miedo; le pareció que la lluvia y el río, confundiendo sus aguas tumultuosas, sumergían la frágil vivienda, cuyas maderas no cesaban de crujir. Quiso salir de su aposento; pero se contuvo al divisar bajo sus pies la reverberación de una luz que debía de proceder del taller de Zacarías, y, en uno de los intervalos brevísimos en que los elementos enmudecían, llegaron a su oído rumores plañideros. Intentó cerrar la ventana y no lo consiguió, porque el viento la empujaba con violencia, como a malhechor que penetra en una habitación.

Geranda creyó perder el juicio. ¿Qué estaba haciendo su padre? Abrió la puerta, que se le escapó de las manos, y se encontró en el oscuro corredor, logrando llegar, a tientas, a la escalera que conducía al taller del maestro Zacarías, en el que se deslizó pálida y moribunda.

El anciano relojero estaba de pie en medio de la estancia, donde resonaban los bramidos del río. Sus erizados cabellos le daban un aspecto siniestro, y hablaba y gesticulaba sin ver ni oír.

Geranda se quedó escuchando.

— ¡Es la muerte! —decía el maestro Zacarías, con voz sorda—. ¡Es la muerte...! ¿Qué me queda de vida después de haber esparcido mi existencia por el universo? ¡Porque yo, el maestro Zacarías, soy el verdadero creador de todos los relojes que he fabricado! ¡Es una parte de mi alma lo que he encerrado en cada una de aquellas cajas de hierro, plata u oro! ¡Cada vez

que uno de esos malditos relojes se para, advierto que mi corazón deja de latir, porque los regulé por mis pulsaciones!

Geranda, en cuyos oídos resonaban como una blasfemia las palabras que acababa de pronunciar su padre, no del todo comprensibles para ella, se estremecía de espanto.

Y, mientras hablaba, el anciano contemplaba su mesa de trabajo.

Sobre ella estaban todas las piezas de un reloj que había desarmado con sumo cuidado.

Cogió un barrilete, especie de cilindro hueco, en el que está encerrado el muelle, y sacó la espiral de acero, que, en vez de estirarse con arreglo a las leyes de su elasticidad, permaneció enroscada como una víbora adormecida, semejante a esos viejos impotentes cuya sangre concluye por congelarse. El maestro Zacarías trató de desenvolverla con sus enflaquecidos dedos, cuya sombra se proyectaba, prolongándose desmesuradamente, en la pared; pero le fue imposible conseguirlo, y, dejando escapar un terrible grito de cólera, la arrojó por la ventanilla a las tumultuosas aguas del Ródano.

Geranda, con los pies clavados en el suelo, permanecía impasible, no atreviéndose ni aun a respirar. Anhelaba acercarse a su padre; pero no podía.

De repente oyó una voz que en la sombra le susurraba al oído:

—Geranda, querida Geranda. El dolor no le permite descansar. Acuéstese, se lo ruego, porque la noche está fría.

— ¡Alberto! —murmuró la joven a media voz—. ¡Usted aquí!

—¿No debía inquietarme lo que la inquieta?

Estas dulces palabras devolvieron la sangre al corazón de la joven, que se apoyó en el brazo del obrero, diciéndole:

—Mi padre está muy enfermo, Alberto, y usted es el único que lo puede curar, porque esa afección del alma no cedería ante los consuelos de su hija. Hállase acometido por un accidente muy natural, y trabajando con él en el arreglo de sus relojes le devolverá el juicio.

¿No es verdad, Alberto — agregó aún impresionada —, que su vida no se confundirá con la de los relojes?

Alberto guardó silencio.

—¿Es, acaso, que el oficio de mi padre está condenado por Dios? — preguntó Geranda, estremeciéndose.

—No lo sé —respondió el obrero, que calentó con sus manos las de la joven—. Pero vayase a su aposento, querida amiga, y con el reposo recobre la esperanza.

Geranda se fue lentamente a su habitación, donde permaneció hasta que apareció la luz del nuevo día, sin que el sueño cerrase sus párpados, mientras el maestro Zacarías, siempre mudo e inmóvil, contemplaba el Ródano, cuyas aguas se deslizaban ruidosamente a sus pies.

Aquella noche tampoco fue muy profundo el sueño de Alberto, quien, antes de dormirse, pasó largo rato cavilando en lo que podría hacer para ayudar al maestro Zacarías a salir de la situación embarazosa que el injustificado desarreglo de los relojes le había creado.

CAPÍTULO II

EL ORGULLO DE LA CIENCIA

Conocida la honradez con que en todos los negocios proceden los mercaderes ginebrinos, cuya rectitud y formalidad son proverbiales, debe suponerse la vergüenza que tendría el maestro Zacarías al ver que de todas partes le devolvían los relojes que con tanta solicitud había construido.

Desgraciadamente, era demasiado cierto que los relojes se paraban de pronto sin ninguna causa aparente, puesto que todas las ruedas y tornillos se encontraban en buen estado y perfectamente colocados. Indudablemente, los muelles habían perdido toda su elasticidad y el relojero trató en vano de reponerlos, porque las ruedas continuaban inmóviles.

Estos inexplicables desarreglos produjeron un daño inmenso al maestro Zacarías, cuyas magníficas invenciones le habían hecho con frecuencia sospechoso de brujería, y estas sospechas fueron desde entonces tomando consistencia. Estos rumores llegaron a oídos de Geranda, quien tembló muchas veces por su padre, cuando advertía que lo miraban insistente e intencionadamente.

Sin embargo, al siguiente día de aquella noche de angustias, el maestro Zacarías pareció entregarse al trabajo con alguna confianza. El sol de la mañana le había infundido cierto valor. Alberto no tardó en presentarse en el taller, donde fue recibido y saludado con suma afabilidad.

—¿Cómo se encuentra hoy de salud? — preguntó el aprendiz con cariñosa solicitud.

—Ya estoy mejor —dijo el viejo relojero—. Anoche me acometieron unos extraños dolores que el sol ha ahuyentado al disipar las tinieblas.

—En realidad, de verdad, maestro, no me agrada la noche ni para usted ni para mí — respondió Alberto.

—Y tienes razón, hijo. Si alguna vez llegas a ser hombre superior, comprenderás que la luz del día es tan necesaria al hombre como el alimento. Un sabio eminente se debe a los homenajes que el resto de la Humanidad le tributa.

—Maestro, ya se apodera otra vez de usted el pecado del orgullo.

—¡Orgullo, Alberto! Destruye mi pasado, aniquila mi presente, desvanece mi porvenir, y me será entonces permitido reventar en la oscuridad. Eres un infeliz que no comprendes las sublimidades con que todo mi arte se relaciona. ¿Acaso eres algo más que una herramienta entre mis manos?

—Sin embargo, maestro, he merecido más de una vez sus alabanzas por mi manera de ajustar las piezas más delicadas de sus relojes.

—Eres, sin duda alguna, un buen operario a quien aprecio; pero, cuando trabajas solo, crees tener entre las manos latón, oro o plata, y no comprendes que esos metales, animados por mi genio, palpitan como carne viva. No, tú no morirás de la muerte de tus obras.

Y, como después de decir esto, guardara silencio el maestro Zacarías, su operario Alberto trató de reanudar la conversación.

—Francamente, maestro, me agrada verlo trabajar de ese modo sin descanso, porque así, cuando llegue la fiesta del gremio, estará desocupado, a juzgar por lo adelantada que lleva la construcción de ese reloj de cristal.

—Seguramente, Alberto — dijo el anciano —; y no será honra despreciable para mí el haber conseguido tallar y recortar esta materia que posee la dureza del diamante. Luis Berghem ha obrado cuerdamente al perfeccionar el arte de los diamantistas, puesto que con ello he podido pulir y agujerear las piedras más duras.

El maestro Zacarías tenía en sus manos en aquel momento piececitas de relojería de cristal tallado y de una labor maravillosa. Las ruedas, los ejes, la caja de aquel reloj eran de la misma materia, obra de grandísima dificultad, en la que había desplegado un talento verdaderamente extraordinario.

—¿No es cierto — preguntó, enrojeciendo hasta el extremo de adquirir sus mejillas un intenso color púrpura— que será hermoso ver cómo palpita este reloj al través de su caja transparente y poder contar los latidos de su corazón?

—Seguramente, maestro, no discrepará un segundo por año.

—Así es, en efecto. ¿Por ventura no dejé ahí lo más puro de mí mismo? ¿Acaso varía mi corazón?

Alberto no se atrevió a mirar frente a frente al anciano.

—Háblame con franqueza — prosiguió Zacarías —.

¿No has creído alguna vez que estoy loco? ¿No crees a veces que me entrego a desastrosas demencias? ¿Verdad que sí? En los ojos de mi hija y en los tuyos he leído con frecuencia mi condenación. ¡Oh! — añadió entristecido—. ¡No ser comprendido siquiera por los seres más amados del mundo! Pero a ti, Alberto, te demostraré claramente que tengo razón. No muevas la cabeza, porque vas a quedarte asombrado. El día en que me comprendas, verás que he descubierto la existencia y los secretos de la misteriosa unión del alma con el cuerpo.

Y, al decir esto, el maestro Zacarías mostrábase soberbio de fiereza. Brillaban sus ojos con fuego sobrenatural, y el orgullo le hinchaba las venas. Realmente, si la vanidad puede estar justificada alguna vez, la del anciano sería legítima, por el impulso grandísimo que había dado al arte de la relojería, con la invención de la rueda de escape. La relojería había casi permanecido en la infancia del arte hasta que él la hizo adelantar. Desde que Platón había inventado, 400 años antes de la Era cristiana, el reloj nocturno, especie de clepsidra que anunciaba las horas de la noche por medio del sonido y las notas de una flauta, la ciencia había permanecido poco menos que estacionaria. Los maestros trabajaron entonces más como artistas que como mecánicos, y aquélla fue la época en que se construyeron los magníficos relojes de hierro, cobre, madera, plata y otras materias, tan perfectamente esculpidos como un jarrón de Cellini. Cuando la imaginación del artista dejó a un lado la perfección plástica, aplicóse a construir esos relojes con figuras de movimiento y piezas musicales, dispuesto todo de un modo muy hábil. Verdad es que en aquella época eran contadas las personas que se cuidaban de medir la marcha del tiempo, porque no se habían inventado aún los plazos de los créditos y vencimientos de pagarés; las ciencias físicas y astronómicas no basaban sus cálculos en medidas rigurosamente exactas; ni había establecimientos que se cerraran a una hora fija, ni trenes cuya salida estuviese señalada hasta por segundos. Al ponerse el sol, se daba el toque de queda, y durante la noche se cantaba la hora en medio del silencio. Sin duda alguna, midiendo la existencia por el número de negocios realizados, se vivía entonces menos, pero, en cambio, se vivía mejor. Se disfrutaba un gran placer espiritual contemplando las obras maestras, y las de arte no se ejecutaban con la incomprensible rapidez que en la actualidad, porque se necesitaban dos siglos para construir una iglesia, un pintor no hacía más que unos cuantos cuadros en toda su vida, y un poeta no componía más que un poema eminente, pero todos estos trabajos eran otras tantas obras maestras que los siglos se encargaban de apreciar. Cuando las ciencias exactas realizaron al fin algunos progresos, la relojería siguió su impulso, pero tropezó siempre con una dificultad insuperable: la medida regular e incesante del tiempo.

Ahora bien; en medio de aquella paralización, inventó el maestro Zacarías la rueda de escape, que le permitió obtener una regularidad matemática, sometiendo el movimiento del péndulo a una fuerza continua.

Desgraciadamente, esta invención había hecho perder el juicio al ginebrino, en cuyo corazón ascendió el orgullo, como el mercurio en el termómetro, hasta llegar a la temperatura de las demencias incurables. Por analogía habíase dejado arrastrar a consecuencias materialistas, y, al fabricar sus relojes, creía haber sorprendido los secretos de la unión del alma con el cuerpo.

Por eso aquel día, al advertir que Alberto lo escuchaba con atención, le dijo con sencillez, pero profundamente convencido:

—¿Sabes qué es la vida, hijo mío? ¿Comprendes la acción de los muelles que producen la existencia? ¿Has mirado dentro de ti mismo? No; y, sin embargo, la ciencia te habría podido hacer ver la íntima relación que existe entre la obra de Dios y la mía, porque de la criatura humana copié la combinación mecánica de mis relojes.

—Maestro — dijo rápidamente Alberto —, ¿se atreve a comparar una máquina de latón y acero con ese hálito de Dios llamado alma, que anima los cuerpos como el aire mueve las flores? ¿Acaso existen ruedas imperceptibles que pongan en movimiento nuestras piernas y nuestros brazos? ¿Qué piezas podría haber tan bien ajustadas que nos hicieran pensar?

—No es ésa! la cuestión —respondió tranquilamente el maestro Zacarías, aunque con la obstinación del ciego que camina hacia el abismo—. Para comprenderme, recuerda el objeto de la rueda de escape que he inventado. Cuando advertí la irregularidad de la marcha de los relojes, comprendí que el movimiento encerrado en él no bastaba, y que era absolutamente indispensable someterlo a la regularidad de otra fuerza independiente. Entonces se me ocurrió que el péndulo podía prestar este servicio, y conseguí regularizar sus oscilaciones. ¿No fue una idea sublime la de hacerle recobrar su fuerza por la marcha misma del reloj, cuyos movimientos estaba destinado a regularizar?

Alberto hizo una señal de asentimiento; pero se abstuvo de hablar.

—Ahora, Alberto —prosiguió el anciano, animándose —, contéplate a ti mismo. ¿No comprendes que en nosotros existen dos fuerzas distintas, la del alma y la del cuerpo, o, lo que es lo mismo, un movimiento y un regulador? El alma es el principio de la vida; luego el alma es el movimiento. Que éste sea producido por una pesa, por un muelle o por una influencia material, de todos modos reside en el corazón; pero, como sin el cuerpo el movimiento sería desigual, irregular e imposible, el cuerpo regulariza el alma y, como el péndulo, está sometido a oscilaciones ordenadas. Tan cierto es lo que digo, que no se disfruta de salud cuando el comer, el beber, el dormir y, en suma, todas las funciones fisiológicas, no están bien ordenadas. Lo mismo que en mis relojes, el alma devuelve al cuerpo la fuerza que las oscilaciones le hacen perder. Ahora bien, ¿quién realiza esa unión íntima del cuerpo con el alma, sino una maravillosa rueda de escape por medio de la cual uno de los elementos engrana perfectamente en el otro? Esto es lo que he adivinado y aplicado, y ya no hay secretos para mí acerca de esta vida, que, a fin de cuentas, no es otra cosa que una ingeniosa máquina.

Y, en cierto modo, tenía razón el artífice, porque, efectivamente, una máquina ingeniosa es la criatura humana, pero máquina tan extraordinariamente perfecta que, como todas las obras del Creador del universo, es imposible que la inteligencia del hombre pueda jamás llegar a igualar.

Si, a pesar de los muchos siglos que han transcurrido desde que Dios, en su infinita misericordia, se dignó crear el primer hombre, la obra más sublime que ha salido de las manos del Altísimo, apenas la limitada inteligencia de los mortales ha llegado a comprender su maravillosa organización, ¿cómo es posible abrigar la pretensión de emular la sabiduría infinita del Omnipotente?

El maestro Zacarías que, sumido en aquella alucinación, se transportaba hasta los últimos misterios del infinito, ofrecía un aspecto digno de ser contemplado; pero su hija Geranda,

detenida en el umbral de la puerta de la estancia, lo había oído todo, y, sin pronunciar una palabra, se arrojó en brazos del anciano, que la estrechó convulsivamente contra su pecho.

—¿Qué te sucede, hija? — le preguntó el maestro Zacarías.

—Si yo no tuviera más que un muelle aquí — contestó la joven, poniéndose la mano sobre el corazón—, no os amaría tanto, padre mío.

El maestro Zacarías miró con fijeza a su hija y se abstuvo de responder.

De repente exhaló un grito, llevóse presuroso la mano al corazón y cayó desmayado sobre una silla de cuero.

—Padre mío, ¿qué le sucede? — inquirió la joven, angustiada.

—¡Socorro! —gritó Alberto—. ¡Escolástica!

Pero la anciana tardó en acudir, porque habían dado un aldabonazo en la puerta de entrada y fue a ver quién era.

Cuando llegó al taller, antes de abrir la boca, el anciano relojero, recobrando los sentidos, le dijo:

—Seguramente, mi buena Escolástica, me traes otro de esos malditos relojes que no quieren andar.

—¡Jesús! ¡Es cierto! —respondió la sirvienta, entregando un reloj al joven operario.

—Mi corazón no puede equivocarse — agregó el anciano, suspirando.

Mientras tanto, Alberto había dado cuerda a! reloj que acababa de entregarle Escolástica; pero el reloj no andaba.

—¿Será verdad — preguntó en voz baja la sirvienta al aprendiz— que, como dicen las gentes que envidian la habilidad del maestro Zacarías, el diablo ha tomado parte en la construcción de estos relojes que se descomponen sin causa aparente?

—No digas disparates, Escolástica — contestó indignado Alberto.

—No; yo no creo lo que dice el vulgo — repuso la sirvienta—, porque el amo es persona muy piadosa, y por eso paso mucho tiempo en tratar de convencer, a los que propalan semejantes infundios, de que lo calumnian.

— Bien, basta de charla — replicó el aprendiz, poniendo término a la enojosa conversación.

CAPÍTULO III

UNA VISITA EXTRAÑA

Geranda hubiera visto extinguirse su vida al mismo tiempo que la de su padre si el amor que le profesaba Alberto no la hubiese tenido ligada al mundo.

El viejo relojero iba consumiéndose poco a poco. Sus facultades disminuían evidentemente concentrándose en un pensamiento único. En virtud de la asociación de ideas, todo lo relacionaba con su monomanía, y la vida terrestre parecía retirarse en él para dar lugar a la existencia sobrenatural de las potencias intermedias. A causa de esto, algunos competidores

suyos, mal intencionados sin duda, hicieron de nuevo circular los rumores de que el maestro Zacarías fabricaba sus relojes con la ayuda de Satanás.

La confirmación de los inexplicables desarreglos que sufrían sus relojes produjo un efecto prodigioso entre los demás relojeros de Ginebra.

¿A qué se debía aquella repentina paralización de las ruedas, y por qué aquellas singulares relaciones que parecían tener con la vida de Zacarías?

Misterios eran éstos que se mencionaban siempre con secreto terror. En las diversas clases sociales, desde el aprendiz hasta el señor, todos cuantos usaban los relojes del viejo Zacarías pudieron observar por sí mismos lo extraño del hecho. En vano quisieron acercarse al maestro Zacarías, porque éste cayó enfermo, y su hija le sustrajo a aquellas visitas, que degeneraban en quejas y recriminaciones.

Las medicinas y los médicos fueron impotentes para evitar el decaimiento orgánico del anciano, cuya causa era completamente desconocida. A veces parecía que el corazón del viejo relojero dejaba de latir, y de nuevo volvía a palpitar con regularidad inquietante.

No ocurría lo mismo con sus relojes, que, una vez parados, no había medio de volver a ponerlos en marcha.

Como entonces había la costumbre de someter los trabajos de los maestros a la apreciación del pueblo, y los jefes de los distintos gremios procuraban distinguirse por la novedad o perfección de sus obras, la situación del maestro Zacarías inspiró la más ruidosa lástima, pero lástima interesada, porque sus rivales lo compadecían tanto más cuanto menos lo temían. Recordaban los ruidosos triunfos que había obtenido el viejo relojero al exponer a la admiración pública sus magníficos relojes de pared con figuras movibles, y los de bolsillo con repetición, que causaban el asombro general y eran vendidos a precios fabulosos en las ciudades de Francia, Suiza y Alemania.

Sin embargo, merced a los asiduos cuidados de Geranda y de Alberto, la salud del maestro Zacarías pareció asegurarse un tanto, y en medio de la quietud que le dejó la convalecencia, consiguio desechar las ideas que lo absorbían.

Tan pronto como pudo andar, su hija lo sacó de casa, donde no dejaban de presentarse parroquianos descontentos.

Alberto quedábase en el obrador armando y desarmando los relojes rebeldes; pero al pobre mozo le era imposible comprender la razón de aquello, y se agarraba la cabeza con ambas manos temiendo perder el juicio como su amo.

Geranda hacía pasear a su padre por los lugares más amenos de la población: unas veces le presentaba el brazo para que se apoyara en él y lo llevaba a San Antonio, desde donde puede esparcirse la vista por la ladera de Cologny y el lago, y otras iban a contemplar, al amanecer, los pinos gigantescos del monte Buet, que se destacaba en el horizonte. Geranda citaba los nombres de aquellos sitios, y el pobre anciano, que parecía estar completamente desmemoriado, tenía una alegría infantil al saber por boca de la hija todas aquellas cosas cuyo recuerdo habíase extraviado en su cabeza. El maestro Zacarías se apoyaba en el brazo de la joven, y las dos cabelleras, blanca y rubia, iluminadas por el mismo rayo de sol, confundíanse en una sola.

Esto hizo comprender al anciano que no estaba solo en el mundo. Al ver a su hija joven y hermosa, y él viejo y quebrantado, pensó que después de su muerte quedaría ella sola y sin apoyo, y observó cuanto le rodeaba.

Muchos jóvenes obreros de Ginebra habían aspirado al amor de Geranda; pero ninguno logró introducirse en el retiro impenetrable en que vivía la familia del relojero, por lo que éste, en aquel momento lúcido, no pudo elegir para esposo de su hija a otro que Alberto Thun.

Hecha la elección, observó que los jóvenes se amaban, y las oscilaciones de sus corazones parecieronle isócronas, y así lo dijo un día a Escolástica.

La vieja sirvienta, literalmente gozosa de la frase, aunque no la comprendía, juró, por su santa patrona, que antes de una hora lo sabría toda la ciudad.

El maestro Zacarías vióse obligado a hacer grandes esfuerzos para calmarla, obteniendo, al fin, la promesa de guardar secreto acerca de aquella revelación, no obstante lo cual lo notificó a cuantas personas quisieron oírla.

Consecuencia de esto fue que, sin saberlo aún Geranda y Alberto, hablábase en toda Ginebra de su próximo enlace; pero siempre que se sostenían estas conversaciones, oíase una risotada singular y una voz que decía:

—¡Geranda no se casará nunca con Alberto!

Si los que conversaban se volvían para ver a la persona que había hecho semejante afirmación, encontrábanse frente a un vejete a quien no conocían.

¿Qué edad tenía aquel extraño personaje?

Nadie habría podido decirlo. Comprendíase que debía existir desde muchos siglos antes, y nada más.

Su gran cabeza aplastada apoyábase en unos hombros descomunales, cuya amplitud igualaba la altura de su cuerpo, que no excedía de tres pies.

Este personaje habría figurado muy bien en un zócalo de péndola, porque el balancín hubiera podido oscilar desahogadamente dentro de su pecho. Su nariz asemejábase al gnomon de un reloj solar por lo aguda y delgada. Sus dientes, espaciados y de superficie epicicloica, parecían los engranajes de una máquina y rechinaban bajo los labios; su voz tenía el timbre metálico de una campana, y su corazón palpitaba como el tictac de un péndulo.

Aquel hombre, cuyos brazos se movían de igual modo que las agujas de un reloj, andaba a saltos sin moverse jamás, y todo el que lo seguía, podía observar que caminaba una legua por hora, con una marcha próximamente circular.

Hacía poco tiempo que tan extraño personaje vagaba, o, por mejor decir, rodaba por la ciudad; pero se advirtió que, cotidianamente, cuando pasaba el sol por el meridiano, se detenía él delante de la catedral de san Pablo y, después de sonar las doce campanadas del mediodía, reanudaba la marcha. Fuera de este momento preciso veíasele en los corrillos en que se hablaba del viejo relojero, y todos se preguntaban con espanto qué relaciones podían existir entre él y el maestro Zacarías. Por lo demás, observábase que no perdía de vista al anciano ni a su hija durante sus paseos.

El aspecto siniestro del vejete, la frecuencia con que se le veía cerca del maestro Zacarías y las misteriosas palabras que se le habían oído pronunciar, acrecentaron los rumores que acerca del relojero circulaban desde que sus relojes habían empezado a descomponerse y, para muchas personas, era ya un hecho indudable, que el viejo que en todas partes estaba y que nadie conocía era el mismo Satanás.

Hasta tal extremo llegó el terror que a los ginebrinos inspiraba el vejete, que muchos, al verlo desde lejos, variaban de dirección y se alejaban a toda prisa santiguándose.

Un día, en el Parral de Ginebra, al advertir Geranda que el monstruo la miraba sonriendo, se estrechó contra su padre, muy asustada.

—¿Qué te ocurre, hija mía? — preguntó el maestro Zacarías.

—No lo sé — respondió la joven.

—¡Te encuentro demudada, hija mía! — dijo el anciano—. ¿Vas ahora a enfermar tú también? Bueno — añadió sonriendo tristemente—; será necesario que te cuide, y lo sabré hacer perfectamente.

—Padre mío, no es nada. Tengo frío, y me parece que es...

—¿Qué, Geranda?

—La presencia de ese hombre que nos sigue a todas partes — respondió la joven bajando la voz.

El maestro Zacarías volvióse hacia el fenómeno.

—Francamente, marcha bien —dijo muy satisfecho —, porque son las cuatro en punto. No temas nada, hija mía; no es un hombre, es un reloj.

Geranda miró a su padre aterrorizada. ¿Cómo había podido ver el maestro Zacarías la hora que era en el rostro de aquella espantosa criatura?

—A propósito —prosiguió el anciano relojero, sin ocuparse más en este incidente—, hace varios días que no veo a Alberto.

—Sin embargo, padre mío, no nos deja —respondió Geranda, tranquilizándose por completo.

—¿Qué hace, entonces?

—Trabaja, padre mío.

—¡Ah! Se ocupa en componer mis relojes, ¿no es verdad? Pero no ha de lograrlo nunca, porque no es una compostura lo que necesitan, sino una resurrección.

Geranda guardó silencio.

Sin duda, no había comprendido lo que su padre le acababa de decir.

—Necesito saber —agregó el maestro Zacarías —

si llevaron a casa más relojes de esos que parece haber maldecido el diablo.

Y, dichas estas palabras, el anciano relojero no volvió a pronunciar ninguna más hasta el momento en que llamó a la puerta de su casa.

Cuando hubo entrado, bajó al taller por vez primera después de su convalecencia, mientras que Geranda se retiraba a su aposento.

En el instante en que el maestro Zacarías entró en la estancia en que tenía el obrador, uno de los numerosos relojes colgados en la pared dio las cinco.

De ordinario, las diferentes campanas de aquellos relojes, admirablemente arreglados, sonaban al mismo tiempo, regocijando su concordancia el corazón del anciano; pero aquel día dieron la hora unos tras otros, de suerte que durante quince minutos ensordecieron el oído con sus toques sucesivos.

El maestro Zacarías sufría horribilmente y, no pudiendo permanecer quieto, iba de una parte a otra examinando los relojes, marcándoles el compás, como el director de orquesta que ha perdido el dominio sobre sus músicos.

Pero, como los relojes eran máquinas mecánicas y no personas que manejasen instrumentos, siguieron sonando unos después de otros, sin hacer caso del compás que pretendía marcarles el relojero.

Cuando se hubo extinguido el sonido de la última campanada, se abrió la puerta del taller y apareció el vejete, cuya presencia hizo estremecer al maestro Zacarías.

—Maestro —preguntó el recién llegado—, ¿puedo hablarle unos instantes?

—¿Quién es usted? — preguntó bruscamente el relojero.

—Un colega. Estoy encargado del arreglo de la marcha del sol.

—¡Ah!, ¿Conque está encargado de arreglar la marcha del sol? —replicó vivamente el maestro Zacarías, sin pestañear—. Pues no lo felicito. Su sol anda muy mal, y para marchar al unísono con él tenemos que adelantar o atrasar los relojes a cada momento.

—¡Por el diablo, juro que tiene razón, maestro! Mi sol no siempre señala el mediodía al mismo tiempo que sus relojes; pero no tardará en saberse que eso obedece a la desigualdad del movimiento de traslación de la tierra y se inventará un mediodía que equilibre la citada irregularidad.

—¿Viviré todavía en esa época? —preguntó el relojero, animándose.

—Indudablemente —replicó el vejete, riéndose—. ¿Se imagina que ha de morir?

—¡Ah! Sin embargo, me encuentro muy enfermo.

—Pues hablemos de ello, ¡por Belcebú! Así abordaremos la cuestión que aquí me trae.

Y, diciendo esto, el raro caballero saltó sin ceremonia sobre el sillón de cuero y cruzó las piernas una sobre otra, como saltarían los huesos descarnados que se pintan en los paños fúnebres que cubren los cadáveres.

Luego prosiguió irónicamente:

—Sepamos, maestro Zacarías, qué ocurre en esta buena ciudad de Ginebra. Dicen que disminuye su salud y que sus relojes necesitan curandero.

—¡Ah! ¿Supone que existe relación íntima entre mi salud y la marcha de mis relojes? —preguntó el maestro Zacarías.

—Creo que esos relojes tienen defectos y hasta vicios. Si esos tunantes no observan una conducta regular, deben pagar la pena debida a sus desórdenes. Me parece que necesitan un correctivo.

—¿A qué llama defectos? —inquirió el maestro Zacarías, ruborizándose al advertir el tono sarcástico con que se habían pronunciado las anteriores palabras—. ¿No tienen acaso derecho a enorgullecerse de su origen ilustre?

—¡No mucho, no mucho! —respondió el vejete—. Llevan un nombre célebre, en su esfera aparece grabada una marca ilustre, y tienen el privilegio exclusivo de introducirse en las casas más nobles; pero, desde hace algún tiempo, se descomponen, y nada puede usted hacer, maestro Zacarías, para arreglarlos, por lo que, el más torpe de los aprendices de esta ciudad de Ginebra, podría reconvenirle.

—¡A mí!, ¡a mí! ¡Al maestro Zacarías! —exclamó el anciano, sin poder reprimir un terrible movimiento de orgullo.

—Sí, al maestro Zacarías, que no puede devolver la vida a sus relojes.

—¡Porque tengo fiebre y ellos también! —respondió el relojero.

—En ese caso se morirán con usted, puesto que se halla imposibilitado para volver a dar elasticidad a sus muelles.

—¡Morir! No. Ya lo he dicho. Es imposible que muera yo, el primer relojero del mundo; yo, que con esas piezas y esas ruedas ordené el movimiento con absoluta precisión. ¿Acaso no he sometido el tiempo a leyes exactas y no puedo hacer uso de él como soberano? Antes que un genio sublime ordenase con regularidad las horas extraviadas, ¿en qué vaguedad inmensa no estaba sumido el destino de los hombres? ¿A qué momento cierto podían referirse los actos de la vida? Pero usted, hombre o diablo, quienquiera que sea, ¿no ha reflexionado jamás acerca de la magnificencia de este arte, que llama a todas las ciencias en su ayuda? ¡No, no, no! Yo, el maestro Zacarías, no quiero morir, porque, habiendo arreglado el tiempo, el tiempo se extinguiría conmigo. ¡Volvería al infinito vago de donde lo sacó mi genio y se perdería irremisiblemente en el abismo de la nada! No, no puedo morir, como no puede perecer el Creador del universo, sometido a sus leyes. He llegado a ser su igual y a compartir su poder. Dios creó la eternidad y el maestro Zacarías ha creado el tiempo.

El anciano relojero se asemejaba en aquel momento al ángel caído rebelándose contra el Salvador. El vejete lo acariciaba con la mirada y parecía incitarle a continuar blasfemando.

—¡Bien dicho, maestro! —exclamó—. Belcebú tenía menos derecho que usted a compararse con Dios. Es preciso que tanta gloria no perezca. Por eso este servidor suyo desea proporcionarle el medio de dominar esos relojes rebeldes.

—¿Cuál es?, ¿cuál es? —se apresuró a inquirir el maestro Zacarías.

—Lo sabrá el día después de aquel en que me conceda usted la mano de su hija.

—¿De Geranda?

—Precisamente.

—Mi hija ama a un joven — respondió el maestro Zacarías, sin manifestar, aparentemente, el menor asombro.

—¡Bah! No es el menos hermoso de sus relojes; pero concluirá también por pararse.

—¡Mi hija, mi Geranda...! ¡No!

—Pues bien, vuelva a sus mecanismos, maestro Zacarías. Ármelos y desármelos. Prepare el matrimonio de su hija con su operario. Temple los muelles fabricados con el mejor acero. Bendiga a Alberto y a la hermosa Geranda; pero, haga cuanto haga, sus relojes no andarán nunca, y Geranda no se casará con Alberto.

Y, dicho esto, abandonó el vejete la estancia, pero no tan deprisa que el maestro Zacarías no pudiera oír las seis en el pecho del lúgubre visitante.

Al quedarse solo en su taller, preguntóse el relojero profundamente alarmado:

—¿Habrá dicho la verdad ese hombre? ¿Estarán mis relojes destinados a perecer? ¡Imposible! Yo soy eterno como Dios, y la eternidad no tiene fin.

Y, después de formular esta horrorosa blasfemia, quedóse abismado en pensamientos, que, por impíos, debían serle sugeridos por el mismo Luzbel.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

Él no supo decirlo; pero, cuando volvió a la realidad de la vida, su rostro parecía aún más envejecido y sus ojos brillaban de un modo extraño.

CAPÍTULO IV

LA IGLESIA DE SAN PEDRO

EL maestro Zacarías iba debilitándose cada día más, tanto material como moralmente; pero, esto no obstante, la sobreexcitación extraordinaria de que era víctima, lo impulsó con mayor violencia que nunca a reanudar sus trabajos de relojería, de los que su amantísima hija no podía ya distraerlo.

Desde la crisis que traidoramente había provocado en él el extraño personaje, se había enorgullecido de tal modo, que resolvió dominar a fuerza de genio la influencia maldita que pesaba sobre él y sobre su obra. Primeramente examinó los distintos relojes de la ciudad confiados a sus cuidados, asegurándose, con atención escrupulosa, de que las ruedas se encontraban en buen estado, los ejes sólidos y los contrapesos perfectamente equilibrados, a cuyo efecto escuchó los sonidos de los timbres con la atención con que el médico ausculta el pecho de un enfermo, sin advertir el menor síntoma que le hiciera sospechar que los relojes estaban en vísperas de sufrir la misma suerte que los demás.

Geranda y Alberto lo acompañaban con frecuencia en estas excursiones, y el maestro Zacarías veía con placer la solicitud con que lo seguían. Probablemente no se habría preocupado tanto de su próximo fin, si hubiera pensado que la existencia de aquellos dos seres tan queridos debía ser la prolongación de la suya, teniendo en cuenta que los hijos conservan siempre algo de la vida de los padres.

El anciano relojero, al volver a su casa, poníase a trabajar con asiduidad febril, aunque estaba persuadido de no salir airoso de su empeño, cosa que, a veces, le parecía imposible, y armaba y desarmaba incesantemente los relojes que le devolvían.

Desgraciadamente, los relojes que le entregaban para que los arreglase, no volvían jamás a señalar la hora, a pesar de la solicitud del artífice.

Alberto ocupábase también en descubrir las causas del mal.

—Maestro — decía —, esto no puede obedecer a otra cosa que al desgaste de los ejes y los engranajes.

—¡Ah! ¡Parece que te complaces en matarme a fuego lento! — le contestaba bruscamente el maestro Zacarías —. ¿Son, acaso, obra de un chiquillo los relojes? ¿Supones que por temor a estropearme los dedos he quitado en el torno la superficie de esas piezas de cobre? ¿No las he forjado yo mismo para darles mayor duración? ¿No están templados esos muelles con perfección inusitada? ¿Pueden emplearse aceites más finos que los que uso? Tú mismo reconoces que es imposible, y al fin confiesas que el diablo debe de intervenir en el asunto.

Mientras tanto, desde la mañana hasta la noche, los parroquianos descontentos afluían, cada día en mayor número, a casa del relojero, que no sabía ya a quién atender.

—Este reloj se atrasa, y no consigo que marche con regularidad —decía uno.

—Pues éste — añadía otro —, se ha parado con una tenacidad invencible, lo mismo que el sol de Josué.

—Si es cierto que su salud influye en la de los relojes — exclamaba la mayor parte de los descontentos—, háganos el favor de curarse pronto.

—¡No valía la pena de dar tanto dinero por una máquina que había de descomponerse tan pronto! —lamentábase otro comprador.

El anciano miraba a todas aquellas gentes con ojos extraviados, y sólo se atrevía a responder con un movimiento de cabeza, o diciendo tristemente:

—Esperen ustedes a que llegue el buen tiempo, amigos míos, cuando la existencia se reanima en los cuerpos fatigados. Se necesita que el sol venga a calentarnos a todos...

—¡Vaya una ganga! Si hemos de tener los relojes enfermos todo el invierno... —le contestó uno de los más enfadados —. ¿No sabe que está grabado su nombre con todas las letras en la esfera? ¡Por Dios! No hace usted mucho honor a su firma.

Y ocurrió al fin que, no bastando las promesas a todos los parroquianos que devolvían sus relojes, el anciano, avergonzado de las mil reconvenciones que se veía obligado a escuchar, retiró algunas monedas de oro de su vieja arca y compró algunos de los relojes desarreglados.

Al saber esto, los vendedores acudieron en tropel, y el dinero de aquella pobre morada no tardó en desaparecer, quedando a salvo la honradez del maestro Zacarías.

Geranda aplaudió de todo corazón aquel acto de delicadeza que la arruinaba, y el joven operario se apresuró también a ofrecer sus economías al maestro.

—¿Qué será de mi hija? — preguntábase el anciano, buscando en medio del naufragio refugio en los sentimientos paternos.

Alberto no se atrevió a responder que no le faltaba valor para afrontar el porvenir y que amaba desinteresadamente a Geranda.

Y así era, en efecto, porque el joven, al declarar su pasión a la hija de su maestro, no había para nada tenido en cuenta su fortuna.

Aquel día, el maestro Zacarías le habría dado de buena gana la mano de su hija, contrariando los deseos del vejete, cuyas palabras resonaban aún en sus oídos:

—Geranda no se casará con Alberto.

Aquel sistema concluyó por agotar los recursos metálicos del relojero, que se quedó absolutamente sin nada. Sus antiguos jarrones, los tableros de hierro esculpido que adornaban

la casa, algunos cuadros notables de los primeros pintores flamencos, todo, hasta las preciosas herramientas que su genio había inventado, fue vendido para indemnizar a los quejosos.

Escolástica era la única que no reconocía la necesidad de semejante indemnización, pero sus esfuerzos no fueron poderosos para impedir que los importunos llegaran hasta el taller de su amo, y salieran cargados con algún objeto valioso. Entonces, su sempiterna charla resonaba con más fuerza en todas las calles del barrio, donde la conocían de muy antiguo, desmintiendo con empeño las acusaciones de hechicería y magia que pesaban sobre su amo; pero, como realmente estaba persuadida de que eran ciertas, pasaba luego horas enteras rezando para que Dios le perdonara sus bien intencionadas mentiras, en gracia al propósito que la había impulsado a formularlas.

La gente no dejó de observar también que el maestro Zacarías había olvidado el cumplimiento de sus deberes religiosos, dejando de acompañar a Geranda a los oficios divinos, donde parecía encontrar en la oración ese encanto espiritual que impregna las inteligencias superiores.

Este voluntario apartamiento de las prácticas devotas, unido a los secretos sucesos de su vida, habían justificado, en cierto modo, las acusaciones de sortilegio lanzadas contra sus trabajos.

Por esta razón, con el doble fin de atraer a su padre hacia Dios y hacia el mundo, Geranda resolvió llamar a la religión en su auxilio, creyendo que el catolicismo podía devolver algo de lo que había perdido a aquella alma moribunda; pero el dogma de fe y la humildad tenían que combatir en el maestro Zacarías un insuperable orgullo. Su engreimiento de la ciencia, que todo lo relaciona con ella, sin remontarse a la fuente infinita de donde emanan los primeros principios, no podía ser más pernicioso.

En tales circunstancias, emprendió la joven la conversión de su padre, y tan eficaz fue su influencia, que el anciano prometió asistir el domingo siguiente a la misa mayor de la catedral.

Tuvo Geranda un momento de éxtasis, en el que le pareció ver el cielo abierto, y la vieja Escolástica, no pudiendo contener su gozo, ideó argumentos sin réplica contra las malas lenguas que acusaban de impío a su amo.

Habló de ello a las vecinas, amigas y enemigas, sin importarle nada que la conociesen o no.

—Francamente, no creemos nada de cuanto nos cuenta. Escolástica — le replicaban —. El maestro Zacarías ha obrado siempre de acuerdo con el diablo.

—Pero ¿no han contado los campanarios que tienen relojes fabricados por mi amo? — Argüía la anciana—. ¡Cuántas veces ha hecho sonar la hora de la oración y de la misa!

—Sin duda; pero ha inventado máquinas que andan solas y que no pueden ser obra de un hombre de este mundo.

—¿Acaso los hijos del demonio —replicaba Escolástica, encolerizada — pueden construir el hermoso reloj de hierro del castillo de Andernatt, que la ciudad de Ginebra no tuvo bastante dinero para adquirir? A cada hora aparece una bellísima leyenda, tan piadosa, que el cristiano que ponga en práctica sus preceptos irá derecho al paraíso. ¿Puede ser obra del diablo?

Aquella obra maestra, construida veinte años atrás, había, efectivamente, acrecentado la gloria del maestro Zacarías: pero hasta en aquella ocasión las acusaciones de hechicería habían sido generales. Por lo demás, la presencia del anciano en la iglesia de San Pedro debía hacer enmudecer las malas lenguas.

CAPÍTULO V

EL MAESTRO ZACARÍAS EN LA IGLESIA

Habiendo dado al olvido la promesa hecha a su hija, el maestro Zacarías volvió al taller, y, después de reconocerse impotente para restituir la vida a sus relojes, decidió intentar la fabricación de otros. Al efecto, dejó abandonados todos aquellos objetos inertes y se puso a terminar el reloj de cristal, que debía ser su mejor obra; pero, a pesar del interés que en ella puso, y del gran trabajo que empleó utilizando las herramientas más perfectas, el reloj estalló en sus manos la primera vez que pretendió ponerlo en marcha.

Ocultó el anciano esta contrariedad a todo el mundo, incluso a su hija; pero, desde entonces, su existencia empezó a declinar con gran rapidez. Aquéllas eran las últimas oscilaciones del péndulo, que disminuyen cuando nada les devuelve su movimiento primitivo. Parecía que las leyes de la pesantez, obrando directamente sobre el anciano, lo arrastraban de un modo irresistible hacia la tumba.

Este percance acabó de desconcertarlo por completo.

Completamente loco ya, el maestro Zacarías, creyéndose más grande y poderoso, cuanto más pequeño e inhábil iba haciéndose, no cesaba de formular blasfemias con tanto asombro como espanto de Alberto, que a veces las oía sin pretenderlo y de quien el maestro no se recataba para emitir sus pensamientos.

El operario, por no exacerbarlo, guardaba silencio y no le contradecía, pero sufría horriblemente siempre que lo oía disparatar.

—Ha perdido el juicio por completo — decía a sí mismo, reflexionando, Alberto—. Sin duda alguna, tiene debilidad cerebral o Dios lo ha dejado de su mano.

No se atrevía el joven a creer que el demonio se había apoderado del alma del maestro Zacarías y ejercía sobre ella un imperio absoluto.

Llegó el domingo tan vehementemente deseado por Geranda. El tiempo estaba hermoso y la temperatura era muy agradable. Los habitantes de Ginebra recorrían tranquilos las calles conversando alegremente acerca de la llegada de la primavera.

Geranda, tomando suavemente el brazo del viejo relojero, encaminóse a la iglesia, seguida por Escolástica, que llevaba los devocionarios. La gente los miraba con curiosidad, y muchos, al verlos, se sonreían y se detenían a contemplarlos.

El anciano dejábase conducir como un niño o, por mejor decir, como un ciego. Cuando el pequeño grupo entró en la iglesia de San Pedro, los fieles que en ella estaban no pudieron reprimir un movimiento de espanto al ver al relojero. Hasta se esforzaban para apartarse de él...

Escolástica, al advertir la aversión que su amo inspiraba a la gente, dirigía a uno y otro lado miradas de desafío, pero no se atrevía a decir una palabra, tanto por respeto a la santidad del lugar, como por no alarmar a su señorita.

La misa mayor había empezado. Geranda se encaminó al banco que solía ocupar y se arrodilló con devoto recogimiento; pero el maestro Zacarías se quedó de pie a su lado.

Las ceremonias religiosas se sucedieron con la majestuosa solemnidad de aquella época, pero el anciano, que no creía en la eficacia de la oración, no imploró la piedad del cielo con los

gritos de dolor de los "Kyries", ni cantó las magnificencias de las alturas celestiales con el "Gloria in excelsis", ni oyó la lectura del Evangelio, ni rezó el "Credo", símbolo de la fe cristiana. El orgulloso anciano permanecía inmóvil, insensible y mudo como una estatua de piedra; y, absorto en sus pensamientos materialistas, ni siquiera se inclinó cuando la campanilla anunció el milagro de la transustanciación. En cuyo solemne momento quedóse mirando con fijeza la hostia divinizada en el acto de elevarla el sacerdote.

Geranda miró a su padre, y las lágrimas que brotaron de sus ojos, humedecieron las hojas de su devocionario.

En aquel instante, el reloj de San Pedro dio las once y media. El maestro Zacarías se volvió rápidamente hacia el antiguo campanario en el que vibraba aún el sonido de la campana, y le pareció que la esfera interior lo miraba con fijeza, que las cifras de las horas brillaban como si estuvieran grabadas con caracteres de fuego, y que las saetas lanzaban chispas eléctricas por sus agudas puntas.

Desde aquel momento no volvió el relojero a mirar al sacerdote ni el altar. Como si hubiera reconcentrado toda su vida en el reloj, tenía los ojos fijos en las manecillas que rodaban sobre la esfera, señalando los minutos que iban transcurriendo.

El maestro Zacarías contemplaba aquella máquina, obra ingeniosa que había salido de sus manos, con tanto orgullo como temor. Con orgullo, por creer que nadie sino él podía construir un reloj tan perfecto; y con temor, porque esperaba que de un momento a otro la máquina dejara de funcionar, a pesar de estar admirablemente construida, de igual suerte que se habían parado los demás relojes fabricados por él.

Escolástica miraba, de vez en cuando, a su amo de reojo y al advertir que estaba distraído y no prestaba atención alguna a la misa que se celebraba, redoblaba el fervor de su oración y pedía a Dios que devolviera su gracia a aquella alma extraviada.

El santo sacrificio de la misa había terminado.

Como se acostumbraba rezar el "Ángelus" a las doce en punto, los sacerdotes oficiantes aguardaban que diese la hora en el reloj, en cuyo momento elevaban la oración a la Virgen.

Pero, de pronto, oyóse un ruido estridente, y el maestro Zacarías dio un grito...

La aguja que señalaba las horas y el minuterero se habían parado al llegar a las doce, y la campana no sonó.

Geranda se apresuró a auxiliar a su padre, que se encontraba tendido y sin movimiento, y que fue sacado de la iglesia.

— ¡Éste es un golpe de muerte! — exclamó la joven, sollozando.

Los fieles que ocupaban el templo, al oír el grito del maestro Zacarías y verlo caer al suelo, interrumpieron sus oraciones, alarmados, y, aunque no faltaron personas caritativas que se aproximaron a él con el propósito de auxiliarlo, hubo muchas también que se apartaron más de lo que ya estaban por temor a que el diablo que, según la creencia general, llevaba el anciano en el cuerpo, se posesionara de ellas.

— ¡Castigo de Dios! — comentaron algunos.

— Satanás ha estropeado el reloj del templo, y el maestro Zacarías, al ver destruida su obra, ha ido al infierno a recriminar a su cómplice por haber faltado al pacto que con él tenía hecho — explicó un colega artista, que durante muchos años había envidiado su habilidad.

Este accidente provocó cierta confusión en el templo, donde no se restableció el orden hasta que el enfermo fue sacado de él.

Trasladado a su domicilio, el maestro Zacarías fue acostado en completo estado de anonadamiento. Su cuerpo no vivía ya sino superficialmente, a semejanza de los últimos torbellinos de humo que giran en torno de una lámpara que se apaga.

Cuando recobró los sentidos, Alberto y Geranda estaban inclinados sobre él.

En aquel momento supremo, lo porvenir adquirió ante su vista la forma de lo presente, y vio a su hija sola y sin amparo.

—Hijo mío — dijo entonces a Alberto —, te doy mi hija.

Y extendió la mano sobre ambos jóvenes, que se enlazaron ante el lecho de muerte del anciano.

Pero, de pronto, el maestro Zacarías se levantó con un movimiento de rabia. Era que acababa de recordar las palabras del vejete.

—¡No quiero morir! —exclamó—. ¡No puedo morir! Yo, el maestro Zacarías, no debo morir... ¡Mis libros..., mis cuentas...!

Y, al decir esto, saltó de la cama y cogió un volumen en el que figuraban anotados los nombres de sus parroquianos, así como el objeto que les había vendido.

Hojeó apresuradamente el libro, y su dedo descarnado se clavó en una de las páginas.

—¡Aquí, aquí! — exclamó —. ¡El viejo reloj de hierro vendido a Pittonaccio! ¡Es el único que no me han traído aún para que lo arregle! ¡Sigue existiendo y marchando! ¡Ah! ¡Lo quiero, lo encontraré y lo cuidaré de tal modo que la muerte ya no podrá apoderarse de mí!

Y dicho esto, se desmayó.

Alberto y Geranda se arrodillaron cerca del anciano y confundieron sus lágrimas.

Momentos de suprema angustia fueron aquellos para ambos jóvenes, que vieron, con el alma llena de espanto, la lucha horrible que la naturaleza del maestro Zacarías tenía que sostener debatiéndose contra la muerte.

El estado de postración en que se encontraba el anciano era tan grande, que resultaban inútiles cuantos esfuerzos se hacían para reanimarlo.

Como la enfermedad que lo aquejaba, más que física, era moral, los medicamentos que le obligaban a ingerir no producían efecto alguno.

¿Qué fuerza poderosa influyó en aquel organismo debilitado? No sabríamos decirlo; pero lo cierto fue que, cuando Alberto y Geranda habían ya perdido casi por completo toda esperanza de que se salvase, el enfermo empezó a mejorar y a recobrar las fuerzas.

Algunos días después, el maestro Zacarías, aquel hombre casi muerto, abandonó el lecho y volvió a la vida por una excitación sobrenatural. El orgullo lo sostenía; pero Geranda no se hacía ilusiones. Estaba convencida de que su padre había dejado de vivir material y espiritualmente.

CAPÍTULO VI

EL CASTILLO DE ANDERNATT

No pasó inadvertido para nadie el afán con que el anciano relojero procuraba reunir recursos metálicos, sin cuidarse de su familia, empleando todas sus energías en andar, registrar y murmurar palabras misteriosas.

Una mañana, Geranda bajó al taller y no encontró allí al maestro Zacarías. Lo esperó durante todo el día, y el anciano no apareció.

Geranda agotó el caudal de sus lágrimas, pero éstas no le devolvieron a su padre.

Alberto recorrió toda la ciudad en busca del maestro Zacarías y, por más que investigó, preguntó a todo el mundo y registró por todas partes, no consiguió encontrar al anciano ni a persona alguna que le dijese que lo había visto.

No faltó, naturalmente, quien compadeciera al joven operario al ver la cariñosa solicitud con que hacía estas inútiles investigaciones, pero hubo algunos también que, al ser interrogados, respondieron con manifiesto mal humor:

—¿El maestro Zacarías? Se lo habrá llevado el diablo, que es su compadre — repuso uno.

—El maestro Zacarías debe de estar en el infierno, por haber inventado esas máquinas diabólicas que andan solas — contestó otro.

—¡Bah! ¡Bah! —agregó un tercero—. No busque al maestro Zacarías en la ciudad, porque debe habérselo tragado la tierra. ¡Lástima que no haya desaparecido antes!

Alberto volvió a casa, completamente convencido de que su anciano maestro se había ausentado de Ginebra.

—Busquemos a nuestro padre — dijo Geranda, cuando el joven le comunicó la triste noticia.

—¿Dónde estará? —preguntóse Alberto.

De pronto, por una especie de inspiración, volvieron a su memoria las últimas palabras del maestro Zacarías, quien había concentrado toda su existencia en el viejo reloj de hierro que no le habían devuelto y probablemente había ido a buscarlo.

Alberto comunicó esta idea a Geranda, que repuso:

—Veamos el libro de mi padre.

Ambos fueron al taller, donde encontraron el libro abierto sobre la mesa de trabajo.

La inscripción de todos los relojes vendidos y que le habían sido devueltos, aparecía borrada en el libro, excepto la de uno, que decía así:

"Reloj de hierro con sonería y figuras de movimiento, vendido al señor Pittonaccio y depositado en el castillo de Andernatt."

Era aquel reloj de que con tanto elogio había hablado la vieja Escolástica.

—¡Allí está mi padre! —exclamó la joven.

—¡Corramos en su busca! —respondió Alberto—. Todavía podemos salvarlo.

—No le salvaremos la vida — dijo Geranda —, pero le salvaremos el alma.

—Sea lo que Dios quiera, Geranda. El castillo de Andernatt se encuentra en las gargantas de los Dientes del Mediodía, próximamente a veinte leguas de Ginebra. Partamos.

Aquella misma tarde, Alberto y Geranda, seguidos por la vieja sirvienta, caminaban a pie por la carretera que costea el lago de Ginebra, no deteniéndose ni en Bessinge ni en Ermance, donde está el célebre castillo de los Mayor. Vadearon, no con mucha facilidad, el torrente de la Drause, y en todas partes inquirían noticias acerca del maestro Zacarías, y no tardaron en adquirir la seguridad de que seguían sus huellas. Aquella noche anduvieron cinco leguas.

Al amanecer del siguiente día, después de pasar de Thonon, llegaron a Eviam, donde la costa de Suiza empieza a desenvolverse, a la vista, en una extensión de doce leguas; pero los jóvenes no se detuvieron a contemplar aquellos encantadores sitios. Una fuerza sobrenatural los impulsaba hacia delante. Alberto, apoyado en un nudoso bastón, ofrecía el brazo unas veces a Geranda y otras a Escolástica, a quienes sostenía enérgicamente aquella dolorosa peregrinación. Los tres confiábanse mutuamente sus penas y sus esperanzas, mientras seguían el hermoso camino que une por aquella estrecha planicie la ribera del lago con las elevadas cimas de las montañas de Chaláis. Pronto llegaron a Bouveret en cuyo punto entra el Ródano en el lago de Ginebra.

Allí abandonaron el lago y se internaron en las regiones montañosas, no tardando en dejar tras de ellos, a pesar de las enormes fatigas que les ocasionaba la marcha, a Viennarz, Chesses y

Collombay, aldeas medio perdidas. Sin embargo, sus rodillas flaquearon más de una vez, y sus pies se lastimaron en las agudas crestas que erizan el piso como matas de granito. En aquella región montañosa no adquirieron noticia alguna del maestro Zacarías.

Sin embargo, era preciso encontrarlo y los viajeros no pidieron descanso ni en las cabañas aisladas que encontraron en el camino, ni en el castillo de Monthey, que con sus dependencias formó la dote de Margarita de Saboya. Por último, al terminar el día, llegaron casi moribundos de cansancio a la ermita de Nuestra Señora de Sex, que se alza en la base del Diente de Mediodía, a seiscientos pies sobre el Ródano.

Anocheceía cuando el ermitaño los recibió, y, como no podían dar un paso más, allí se vieron precisados a tomar algún descanso.

El ermitaño no les dio noticia alguna del maestro Zacarías, y los viajeros desconfiaban de encontrarlo vivo en aquellas lúgubres soledades. La noche era profunda; el huracán silbaba en las montañas, y los aludes precipitábanse desde las cimas de las peñas.

Los dos jóvenes, acurrucados junto al hogar de la ermita, relataron su dolorosa historia. Sus mantos impregnados de nieve secábanse en un rincón, y, afuera, el perro del ermitaño confundía sus lúgubres ladridos con los rugidos del temporal.

—El orgullo — dijo el ermitaño a sus huéspedes — ha perdido a un ángel nacido para el bien. Es la piedra de toque en que se quiebran todos los destinos humanos. Al orgullo, principio de todos los vicios, no es posible oponer ningún raciocinio, puesto que, por su misma naturaleza, el orgullo se niega a escucharlo. Lo único que en este caso se puede hacer es rogar a Dios por su padre.

Geranda, Escolástica, Alberto y el ermitaño se disponían a arrodillarse para rezar cuando redoblaron los ladridos del perro y una voz gritó, llamando a la puerta de la ermita:

—¡Abran pronto en nombre del diablo!

La puerta, violentamente empujada desde fuera, cedió y presentóse un hombre desmelenado, desencajado y casi desnudo.

—¡Padre mío! —exclamó Geranda.

Era, efectivamente, el maestro Zacarías.

—¿Dónde me encuentro? —preguntó—. En la eternidad... El tiempo ha concluido... Las horas no suenan... ¡Las agujas se paran!

—¡Padre mío! —repitió Geranda, con emoción tan desgarrada que pareció que el anciano recobraba el juicio.

—¡Tú aquí, Geranda mía; tú también, Alberto! ¡Ah, venís a contraer matrimonio a nuestra antigua iglesia!

—Padre mío — dijo Geranda, agarrándolo por un brazo —, vuelva a su casa de Ginebra, venga con nosotros.

El anciano se desprendió del brazo de su hija y corrió a la puerta, en cuyo umbral se amontonaba la nieve, que caía a grandes copos.

—No abandone a sus hijos — dijo Alberto.

—¿Para qué? —respondió tristemente el relojero—. ¿Para qué volver a los sitios en que se deslizó mi vida y donde ha quedado enterrada para siempre una parte de mí mismo?

—Su alma, sin embargo, no ha muerto —dijo el ermitaño con gravedad.

—¡Mi alma...! ¡Oh, no...! ¡Tiene buenas ruedas...! La siento latir acompasadamente.

—¡Su alma es inmaterial! ¡Su alma es inmortal! — repuso el ermitaño con vehemencia.

—Sí... como mi gloria... Pero está encerrada en el castillo de Andernatt, y deseo recobrarla.

El ermitaño se santiguó: Escolástica estaba casi exánime, y Alberto sostenía a Geranda en sus brazos.

—El castillo de Andernatt lo habita un condenado — repuso el ermitaño —, un condenado que no se descubre ante la cruz de mi ermita.

—Padre mío, no vaya usted allí.

—¡Quiero mi alma, porque mi alma es mía!

—¡Detengan a mi padre!

Pero el anciano había traspasado ya el umbral, y, lanzándose a través de las sombras de la noche, no cesaba de gritar con estentórea voz:

—¡Quiero mi alma! ¡Quiero mi alma!

Geranda, Alberto y Escolástica corrieron tras él, siguiéndolo por senderos impracticables, sobre los cuales volaba el maestro Zacarías como huracán empujado por una fuerza irresistible. La nieve formaba torbellinos alrededor de ellos confundiendo sus blancos copos con la espuma de los torrentes desbordados.

Al pasar frente a la capilla erigida en memoria de la matanza de la legión tebana, Geranda, Alberto y Escolástica se santiguaron devotamente. El maestro Zacarías no se descubrió.

Apareció por fin la aldea de Evionnaz en medio de aquella región oculta, cuyo aspecto ponía espanto en el corazón más empedernido, y el anciano, sin dirigir siquiera una mirada al villorrio, siguió avanzando. Luego, torció hacia la izquierda y penetró en lo más profundo de las gargantas de los Dientes del Mediodía, cuyos agudos picos muerden el cielo.

Ante él irguióse una ruina, vieja y sombría, como las rocas que le servían de base.

—¡Ahí es! ¡Ahí! —exclamó, apresurando aún más su carrera desenfrenada.

Efectivamente, el castillo de Andernatt sólo era en aquella época un montón de ruinas. Dominado por una maciza torre carcomida y desmantelada, parecía amenazar con su caída los vetustos murallones que reposaban a sus pies. Aquellas moles de piedra infundían horror, sugiriendo la idea de que allí detrás sólo debía haber algunos sombríos salones con los techos derruidos e inmundos depósitos de víboras.

Llegábase al castillo de Andernatt por una poterna estrecha y baja sobre un foso lleno de escombros. ¿Qué gentes habían pasado por allí? Se ignora. Probablemente algún margrave, mitad bandido, mitad señor, había ocupado aquella morada, y al margrave sucedieron los salteadores o monederos falsos, que fueron ahorcados en el teatro de su crimen. La leyenda afirmaba que durante las noches de invierno. Satanás presidía sus tradicionales danzas sobre la ladera de las profundas gargantas en que se ocultaba la sombra de aquellas ruinas.

Al maestro Zacarías no le atemorizó el aspecto tan siniestro del castillo. Llegó resueltamente a la poterna sin que nadie se opusiera a su paso, y apareció ante sus ojos un extenso y tenebroso patio, que nadie tampoco le impidió atravesar. Luego, trepó por una especie de plano inclinado que conducía a uno de los largos corredores, cuyos arcos parecen aplastar la luz bajo sus pesados arranques, y tampoco allí encontró a nadie.

Geranda, Alberto y Escolástica continuaba tras él.

El maestro Zacarías, como guiado por una mano invisible, marchaba con paso rápido y seguro. Llegó a una puerta carcomida, que se conmovió bajo sus esfuerzos, y una nube de murciélagos trazaban círculos oblicuos en torno de su cabeza.

Una sala inmensa, mejor conservada que las demás, ofrecióse a su vista. Altos tableros esculpidos, sobre los cuales parecían agitarse confusamente larvas, gusanos y tarascas, revestían las paredes de aquella estancia, en la que algunas ventanas, largas y angostas como aspilleras, estremecíase bajo las descargas de la tempestad.

Al llegar el maestro Zacarías al centro de la sala prorrumpió en un grito de alegría.

Sobre una repisa de hierro empotrada en la pared descansaba el reloj en que estaba reconcentrada toda su vida. Aquella incomparable obra maestra tenía la forma de una vieja iglesia romana, con sus contrafuertes de hierro forjado y su pesado campanario, dotado de una

sonería completa para la antífona del día, las oraciones, la misa, las vísperas, las completas y la salve. Sobre la puerta de la iglesia, que se abría a la hora de los oficios, había un rosetón en el centro en el que se movían dos agujas y cuyo cerco presentaba las doce horas esculpidas en relieve. Entre la puerta y el rosetón, iba apareciendo, sobre una tarjeta de latón, una máxima relativa al empleo de cada instante del día, como había referido Escolástica. El maestro Zacarías había arreglado aquella sucesión de leyendas con cristiana solicitud, y las horas de la oración, del trabajo, de las comidas, del recreo y del reposo, sucedíanse ordenadamente con arreglo a la disciplina religiosa y debían infaliblemente salvar el alma del cristiano que hubiera observado sus preceptos.

El maestro Zacarías, loco de júbilo, se disponía a apoderarse del reloj, cuando resonó detrás de él una espantosa carcajada.

Volvióse el anciano relojero, y, a la luz de una lámpara fuliginosa, reconoció al vejete que se le había presentado en Ginebra.

—Salud, maestro Zacarías — dijo el monstruo.

—¿Quién es usted?

—El señor Pittonaccio, para servirlo. ¿Ha venido a darme su hija? ¿Se ha acordado de mis palabras: "Geranda no se casará con Alberto?"

—¡Usted aquí! —exclamó el maestro Zacarías.

El joven obrero abalanzóse sobre Pittonaccio, que se le escapó de entre las manos como una sombra.

Geranda, atemorizada, agarróse al brazo de Alberto.

—¡Detente, Alberto! — dijo imperiosamente el maestro Zacarías.

—¡Buenas noches! — repuso Pittonaccio, y desapareció.

—Padre mío — suspiró Geranda —, huyamos de estos malditos lugares...

El maestro Zacarías ya no estaba allí. Había salido en persecución del fantasma de Pittonaccio a través de los desmantelados salones de aquella lúgubre y espantosa mansión.

Escolástica, Alberto y Geranda se quedaron anonadados en aquella estancia inmensa. La joven había caído sobre un sillón de piedra; la vieja sirvienta se había arrodillado a su lado impetrando la misericordia divina, y Alberto permaneció de pie cuidando a su amada.

Cabalgando sobre las sombras, veíanse de vez en cuando algunas pálidas claridades, que acrecentaban el terror que inspiraba la sala.

El silencio, sólo interrumpido a intervalos por los insectos que roían la madera, era absoluto.

El ruido que producían los insectos parecía asemejarse, en cierto modo, al compás del reloj de la muerte.

A oscuras, en un rincón de aquella sala inmensa, pasaron la noche Geranda, Escolástica y Alberto, lamentando la locura de que era indudablemente víctima el maestro Zacarías, sin arriesgarse a salir por no extraviarse en aquel siniestro laberinto de ruinosas habitaciones de que parecía haberse posesionado el Diablo.

A ratos, y éstos eran los momentos menos penosos para ellos, rogaban a Dios con toda la fe de sus almas piadosas que devolviera la razón al anciano conduciéndolo por la senda del bien, del que su excesivo orgullo lo había apartado; y, a ratos, conversaban en voz baja, tratando de consolarse mutuamente.

¡Esfuerzo inútil! Cuanto más se afanaba cada cual por llevar al ánimo de sus compañeros la esperanza de que con la llegada del nuevo día terminarían sus angustias, más se convencían de que la situación por que atravesaban no podía acabar sino muy trágicamente.

Y proseguía con lentitud el tiempo su marcha hacia la eterna infinidad, y los corazones de Alberto, Geranda y Escolástica no conseguían tranquilizarse.

Por el contrario, a medida que transcurrían las horas y se aproximaba el nuevo día, más impacientes y desasosegados se encontraban.

Y, como todo llega al fin cuando debe llegar, sin que la voluntad humana sea lo suficientemente poderosa para hacer que ocurra lo que no debe ocurrir, después que pasaron las horas necesarias amaneció el nuevo día.

CAPÍTULO VII

LA HORA DE LA MUERTE

Cuando la luz de la aurora desvaneció las sombrías tinieblas de la noche, Geranda, Escolástica y Alberto se aventuraron por las interminables escaleras que circulaban entre aquel montón de piedras. Durante dos horas anduvieron sin encontrar alma viviente, y sin oír más que un eco lejano que respondía a sus gritos. Tan pronto se encontraban a cien pies bajo tierra, como dominaban el espacio desde la cumbre de aquellas siniestras montañas.

La casualidad los condujo de nuevo a la extensa sala en que habían pasado aquella noche de terror y angustias.

Ya no se encontraba vacía. El relojero y Pittonaccio conversaban, de pie y rígido como un cadáver el uno, y acurrucado sobre una mesa de mármol el otro.

Al ver a Geranda el maestro Zacarías la tomó de la mano y la condujo ante Pittonaccio, diciendo:

—Ahí tienes a tu amo y señor, hija mía. Geranda, este es el esposo que te destino.

La joven tembló de pies a cabeza.

—¡Jamás! — exclamó Alberto —. Geranda es mi prometida.

—¡Jamás! — repitió la joven como un eco plañidero.

Pittonaccio prorrumpió en una estruendosa carcajada.

—¿Queréis entonces mi muerte? —preguntó, gimiendo el anciano—. Ahí, en ese reloj, el único que he construido que continúa marchando, está encerrada mi vida, y este hombre me ha dicho: "Cuando tu hija sea mía, el reloj será tuyo." ¡Y ese hombre no quiere darle cuerda! ¡Puede romperlo y reducirme a la nada! ¿Es que ya no me amas, hija mía?

—¡Padre amado! — murmuró Geranda, recobrando los sentidos.

—¡Si supieras cuánto he sufrido lejos de este principio de mi existencia! ¡Quizá no cuidaba nadie este reloj! ¡Quizá dejaba que sus muelles enmoheciesen y sus ruedas se entorpecieran! Pero ahora, con mis propias manos voy a sostener la salud tan querida; porque yo, el gran relojero de Ginebra, no debo morir. Mira, hija, cómo marchan las agujas con seguro movimiento. Escucha, van a dar las cinco. Escucha bien, y lee la hermosa máxima que va a aparecer ahora ante tu vista.

Dieron, efectivamente, las cinco en el reloj, con sonido tan lúgubre, que repercutió dolorosamente en el alma de Geranda, y en caracteres rojos aparecieron las siguientes palabras:

SE HA DE COMER LA FRUTA DEL ÁRBOL DE LA CIENCIA

Alberto y Geranda contempláronse uno a otro estupefactos. Aquellas no eran ya las máximas ortodoxas del reloj católico. Sin duda alguna, Satanás había pasado por allí.

Pero el maestro Zacarías, que no advirtió el cambio, repuso:

—¿Oyes, Geranda? ¡Vivo todavía! ¿No oyes mi respiración? Mira cómo la sangre circula en mis venas. No, tú no querrás matar a tu padre, y aceptarás por esposo a este hombre, para que yo obtenga la inmortalidad y el poder de Dios.

Al oír tales blasfemias, Escolástica se santiguó y Pittonaccio lanzó un rugido de alegría.

El infierno debió regocijarse también.

—¡Y luego, Geranda, serás feliz con él! ¡Contempla a ese hombre! ¡Es el Tiempo! ¡Tu existencia marchará con absoluta precisión! Geranda, puesto que te he dado la vida, no se la niegues a tu padre.

—Geranda — murmuró Alberto —, tu prometido soy yo.

—¡Es mi padre! —respondió Geranda, perdiendo los sentidos.

—¡Tuya es! — dijo el maestro Zacarías —. ¡Ahora, Pittonaccio, cumple tu promesa!

—¡Toma la llave del reloj! —respondió el horrible personaje.

El maestro Zacarías se apoderó de la llave que le fue presentada y que se parecía a una serpiente desenrollada, y corrió desalentado hacia el reloj, al que dio cuerda con fantástica rapidez.

El rechinamiento del muelle crispaba los nervios. El anciano daba vueltas incesantemente, sin detener el brazo, como si aquel movimiento de rotación fuera independiente de su voluntad, y así continuó maniobrando con celeridad creciente y con extrañas contorsiones hasta que cayó extenuado de cansancio, exclamando:

—¡Ya tiene cuerda para un siglo!

Alberto salió de la estancia, enfurecido como un loco: dio varias vueltas e innumerables rodeos hasta que, al fin, encontró la salida de aquella maldita mansión, y echó a correr por el campo. Al llegar a la ermita de Nuestra Señora de Sex, habló al santo varón, pidiéndole ayuda con tan desesperadas palabras, que éste consintió en acompañarlo al castillo de Andernatt.

Y corrieron, corrieron desalentados, temerosos de llegar demasiado tarde. Alberto y el ermitaño, a través de los campos, con dirección hacia el castillo de Andernatt.

Mientras más se acercaban, más corrían, y cuanto mayor era la celeridad que imprimían a sus piernas, más lejos creían encontrarse del término de aquella carrera desenfundada.

A Alberto le animaba el deseo de salvar a su amada; al ermitaño el piadoso afán de arrebatarse al diablo un alma para devolvérsela a Dios.

El que de los dos iba delante y el que más impaciencia demostraba era Alberto.

Parecía que el amor había puesto alas en sus pies.

Si durante aquellas horas de angustia no lloró Geranda, fue porque las lágrimas se habían agotado en sus ojos.

El maestro Zacarías, que no había abandonado el inmenso salón, acercábase de vez en cuando al reloj para escuchar los latidos regulares de la vieja máquina.

Entretanto, dieron las seis, y, con tanto asombro como espanto de Escolástica, aparecieron estas palabras en la esfera:

EL HOMBRE PUEDE LLEGAR A SER IGUAL A DIOS

Al viejo relojero no sólo no le sorprendían aquellas máximas impías, sino que las leía con delectación, complaciéndose en estas ideas de orgullo, mientras que Pittonaccio daba vueltas en torno suyo.

A las doce de la noche debía firmarse el acta matrimonial del vejete con Geranda, que, inanimada casi, no veía ni oía nada, Únicamente las palabras del anciano y las risotadas del monstruo interrumpían el silencio que reinaba en la estancia.

Dieron las once, el maestro Zacarías se estremeció, y con voz sonora leyó la siguiente blasfemia:

EL HOMBRE DEBE SER ESCLAVO DE LA CIENCIA Y POR ELLA SACRIFICAR PADRES
Y FAMILIA

—¡Sí! — exclamó luego —. ¡En el mundo no hay más que la ciencia!

Las agujas recorrían a saltos la esfera del reloj de hierro, lanzando silbidos de víbora, y el mecanismo latía con golpes precipitados.

El maestro Zacarías ya no hablaba; había caído al suelo, presa del estertor de la muerte, y de su pecho oprimido sólo salían estas palabras entrecortadas:

—¡La vida! ¡La ciencia!

Esta escena era presenciada por dos testigos más, el ermitaño y Alberto, que acababan de llegar. El maestro Zacarías estaba tendido en tierra, y Geranda, a su lado, más muerta que viva, oraba...

De pronto, oyóse el seco ruido que precede al toque de la hora.

El maestro Zacarías se incorporó, diciendo:

—¡Las doce!

Pero el ermitaño tendió la mano hacia el viejo reloj... y las doce no dieron.

El maestro Zacarías exhaló un grito que debió repercutir en el infierno, cuando vio aparecer estas palabras.

SERÁ CONDENADO POR TODA LA ETERNIDAD EL QUE PRETENDA IGUALARSE A
DIOS

El viejo reloj se hizo pedazos con ruido de trueno, y el muelle, escapándose, saltó a través del salón en medio de mil contorsiones fantásticas.

El anciano se levantó y corrió hacia el muelle, tratando en vano de apoderarse de él, y exclamando:

—¡Mi alma! ¡Mi alma!

El muelle giraba delante de él a uno y otro lado, sin que él lograra jamás alcanzarlo.

Pittonaccio se apoderó de él, al fin, y profiriendo una horrible blasfemia, se hundió en el suelo, que se abrió para tragarlo.

El maestro Zacarías cayó de espaldas. Había dejado de existir.

... ..

Sepultado en los picos de Andernatt el cadáver del relojero, regresaron a Ginebra Alberto y Geranda, quienes durante los largos años de vida que Dios les concedió, no cesaron de rogar por el alma del maestro Zacarías, el viejo réprobo de la ciencia.

¿Lo habrá perdonado Dios?

¿Quién se atreve a aventurar juicios acerca de los designios de la Misericordia divina?